

CONVERSACIÓN CON

# MANUEL MORALES MARTÍN

Eustaquio Villalba / Juan José Bacallado

(Miembros de la Asociación)

**C**orría el año 1967 cuando, de la mano de D. Antonio González y de D. Carmelo García Cabrera, me incorporé —como Ayudante de Clases Prácticas— a la recién creada sección de Biología en la Facultad de Ciencias de la Universidad de La Laguna. Allí, azorado por mi inexperiencia como docente, oí hablar a D. Carmelo y a mi padre de un pequeño Museo de Ciencias Naturales sito en las viejas, abandonadas y destartaladas instalaciones de La Granja Agrícola, que tenía como gran aliciente el estar rodeado de un enorme solar (hoy Parque de La Granja) pleno de matorrales, arboleda y plantas herbáceas y anuales, que servían de “campo de pruebas” para los tres naturalistas que dieron vida y sustentaban ese ‘gabinete entomológico’ de entrañable recuerdo; me estoy refiriendo a José María Fernández (D. José), Manuel Morales (el Bolo) y Rafael Arozarena.

Creo que fue en el mes de diciembre del citado año cuando conocí a Morales, quien me fue presentado por Fernández en una de tantas tertulias que en aquel ‘templo’ del naturalismo se llevaban a cabo casi a diario. La primera impresión fue la de encontrarme ante un caballero recién salido de un cuadro de El Greco, un hermano gemelo que, al igual que yo, parecía un “hidalgo de la triste figura”.

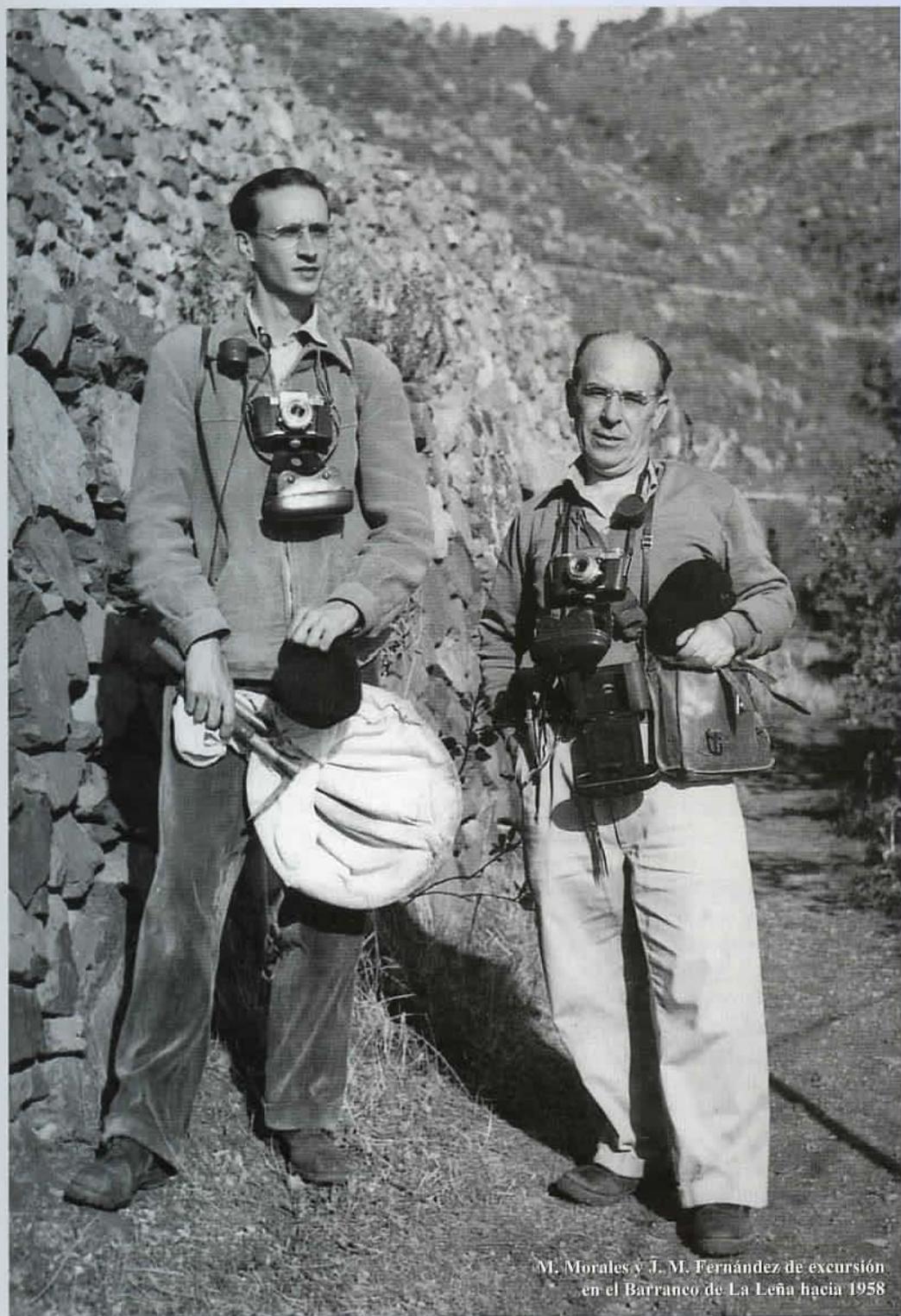
Congeniamos de inmediato, dadas sus aptitudes para la conversación, sus conocimientos de campo y su facilidad para contar “chistes verdes”, de los que era un auténtico experto.

Por D. José supe de la labor callada de Morales en lo que a la fundación, creación y mantenimiento del Museo se refiere. El era el real valedor de las necesidades y problemas que en esa pequeña institución iban surgiendo año a año. Se convirtió en el enlace y promotor del Museo en el Cabildo, donde —todo hay que decirlo— tenía fama de funcionario recto, honesto y hasta quisquilloso.

Guiado por D. José despertó su larvada afición entomológica, transformándose en un experto en grupos tan emblemáticos como los ortópteros y hemípteros. Se ganó el respeto de los especialistas, conoció a una pléyade de investigadores, y publicó con alguno de ellos o de forma individual los resultados de sus pesquisas y colectas de tantos y tantos años.

Guardo gratísimos recuerdos de las excursiones con Morales, Fernández y Arozarena, repletas de anécdotas, vivencias y sano compañerismo que hoy en día tanto se echa de menos. “El Bolo”, con su incansable oratoria plena de decibelios, se encargaba de recordarnos que estábamos en este mundo para ser optimistas y gozar de lo que la Naturaleza nos ofrecía en cada rincón de las Islas.

¡Y todavía continua en la brecha!. Pues, “p’alante” amigo.



M. Morales y J. M. Fernández de excursión  
en el Barranco de La Leña hacia 1958

### Introducción

La sombra de los centenarios laureles nos resguardaba del calor de los primeros días del verano, los alisos ocultaban las cumbres de Anaga y refrescaban el ambiente caldeado por los largos días del solsticio. Un lugar que ha visto pasar toda la historia de la ciudad era un ambiente propicio para deleitarse escuchando los recuerdos de D. Manuel Morales, “Bolo,” como cariñosamente se le conoce en los ambientes naturalísticos de Canarias. Ni él ni yo lo habíamos elegido de antemano. Pero lo que sí tenía decidido era no hacer una entrevista, sólo quería escuchar y transmitir algo de sus recuerdos, de su recorrido vital como naturalista en una época en la que los “bichos” eran ellos. A él no se le puede aplicar las palabras que escribió en el *Diccionario de Historia Natural* su admirado Viera y Clavijo: “¡Cuántos nacen, viven y mueren en un territorio como el nuestro, sin conocer lo que ven, sin saber lo que pisan, sin detenerse en lo que encuentran!” Por el contrario, gracias a D. Manuel Morales conocemos algo más la maravillosa naturaleza de nuestro archipiélago, los canarios y sus islas siempre estaremos en deuda y muy concretamente, el Museo de Ciencias Naturales de Tenerife.

#### ¿Cómo nació su afición por la entomología?

Bueno, desde los ocho o nueve años — desde mi más tierna infancia — tuve atracción por los insectos y por las cosas de la naturaleza. Ya en el artículo que escribí para los fascículos de “*Naturaleza Canaria*” en el periódico *El Día*, decía que cuando iba a cazar con mi padre utilizaba los cartuchos vacíos de los disparos para meter los bichos y traérmelos a casa, esos fueron mis primeros frascos de bichos. Cogía el animal, lo metía en el cartucho, le ponía una hierbita encima y al bolsillo. Hoy comprendo que era un impertinente con mi padre porque continuamente le interrogaba: ¿cómo se llama esta planta? ah! un guadache, y

¿aquella? no es la misma, esta es distinta porque la hoja... ¡mira, cállate! ¡Déjame en paz! Eso era a los ocho años. A mi generación le ha tocado vivir años duros por la situación política que había en España. Cierro los ojos y me acuerdo, veo las huelgas en los años de la República. Mi primer recuerdo del 18 de julio fue salir de mi casa y encontrarme a los soldados con fusiles mandándome para dentro y diciéndome que no saliera a la calle.

La guerra civil le siguió la guerra europea, y eso truncó, mis estudios y todo lo demás. En el año 1938 — cuando tenía 10 años —, mi intención era estudiar bachillerato, y mi padre dijo: ¡ni hablar!, que él no tenía medios ni dinero suficientes para que yo estudiara una carrera universitaria, y me propuso estudiar comercio o trabajar. Yo me dije: bueno, más vale algo que nada y me puse a estudiar comercio. Tenía razón mi padre porque la guerra europea terminó en 1945, y, al poco tiempo, ya estaban enfrentados los americanos y los rusos en Berlín, con el consiguiente temor a que se desencadenase una tercera guerra mundial. Durante esos años estudié mucho alemán, tanto que en el año 1947 me dijo mi profesora: mire, yo ya no tengo nada más que enseñarle de gramática alemana, vaya a Alemania y el alemán será su segundo idioma. Pero, ¿quién podía ir en plena guerra fría y con la situación de miseria heredada de la reciente guerra? En ese invierno murieron dos mil personas de hambre y de frío en Berlín. Cuando los rusos aislaron por tierra la ciudad de Berlín, los aliados organizaron el mayor puente aéreo de la historia para que dos millones de personas no se murieran de hambre, con temperaturas de 20 grados bajo cero. Fueron unas circunstancias muy difíciles, pero eso no me obligó a renunciar a lo que me gustaba, y seguí leyendo todos los libros de Ciencias Naturales que caían en mis manos.

*Usted debió ser un “bicho raro”, la situación social y política del país en los años cuarenta*

*no eran las más propicias para ese tipo de aficciones ni para el cultivo de la ciencia.*

Sí, además yo era un niño que me apartaba de los demás, iba de excursión con los amigos, pero la mayoría miraban pero no veían, yo iba viendo: ¡mira! —les decía— esta planta, mira aquel insecto, escucha ese pájaro...

*Ya de pequeño era un seguidor de Viera y Clavijo sin saberlo ...*

Sí, bueno, te puedo decir que con 14-15 años, un día en la Plaza del Príncipe, miré al frente de la calle José Murphy y me encontré una serie de bustos que hay en la fachada del edificio, encima de la entrada al museo, y me pregunté: ¿quiénes fueron esas personas para estar ahí? Tomé todos sus nombres y me dediqué a averiguar, y llegué a saber quien era uno y quien era otro. Algo similar me pasó cuando tenía 16 ó 17 años, una tarde de verano en la Plaza del Príncipe, mientras esperaba sentado a que llegara algún amigo, pensé: ¿qué pasó el día en que yo nací? Me fui a la biblioteca municipal, empecé a sacar periódicos de los años veinte y me enteré de todo lo que había ocurrido, me entusiasmé y llegué hasta el año 1935, cuando todavía estaba la República. No continué porque llegó septiembre y con él, el comienzo del curso, pero ese verano me "pegué" los periódicos locales de casi seis años, y te advierto que era la mar de curioso. Me leí los discursos del Parlamento de la República, me acuerdo que había uno —un tal Blanco— que tenía unas mociones interesantísimas... bueno, esto eran locuras, un bicho raro, pues sí.

*Un estudiante de Comercio aficionado a los insectos, a los idiomas, a los libros.*

Es verdad, era un bicho raro...

*¿Y el primer contacto con la entomología? ¿Cómo convirtió su afición en un trabajo científico? ¿Quiénes fueron sus maestros?*

Bueno, eso realmente empezó cuando conocí a Fernández, fue a través de Rafa Arozarena. Yo iba casi todas las tardes a casa

de Arozarena, cuando él vivía en la calle Serrano y nos dedicábamos a jugar al ajedrez. También eran contertulios habituales Isaac de Vega y Francisco Padrón. Isaac de Vega en aquel entonces estaba escribiendo "*Fetasa*" y, una tarde que estábamos jugando, tocaron a la puerta, Rafa abrió y apareció Fernández, entonces me lo presentó; Fernández venía a quedar con Rafael para una excursión, y les dije: ¿puedo ir? Sí —fue la respuesta. Fuimos a Guamasa, y en aquella excursión Fernández y yo nos citamos para el domingo siguiente. Así comenzó una amistad que duró hasta su muerte, fueron treinta y cinco años recorriendo las islas domingo a domingo.

*Así que Fernández fue su maestro...*

Sí, además Fernández tiene una historia bastante sugestiva, es marginal al asunto que nos trae aquí, pero si quieres te la cuento.

*Sí, sí*

En lo que yo he podido saber, Fernández no mantenía buenas relaciones con su familia, hasta el extremo que yo allá por los años sesenta y tantos le dije de hacer un viaje a la Península, le propuse visitar La Coruña —lugar de residencia de su familia—, y luego seguir a Madrid y Barcelona y él dijo: ¡a la Coruña no, a la Coruña no!

Fernández parece que tuvo unos amores juveniles a los que se opuso su familia, con 16 años se fue de su casa y se enroló en La Marina y le destinaron a un barco de guerra que hacía la línea de Guinea española y que hacía escala aquí en Tenerife. En una de esas escalas conoció a una chica que le hizo mirar de otra manera a Santa Cruz. Cuando Fernández cumplió su contrato con la Marina, que era de cinco años, calculo que tendría 21 ó 22 años y que sería el año 1927 —porque él siempre alardeaba que era más canario que yo, que había nacido en el 28, mientras que él estaba aquí desde el año 27—. Mareaba enormemente, había viajes en los que decían en el barco: ¡saquen ese hombre a cubierta, que

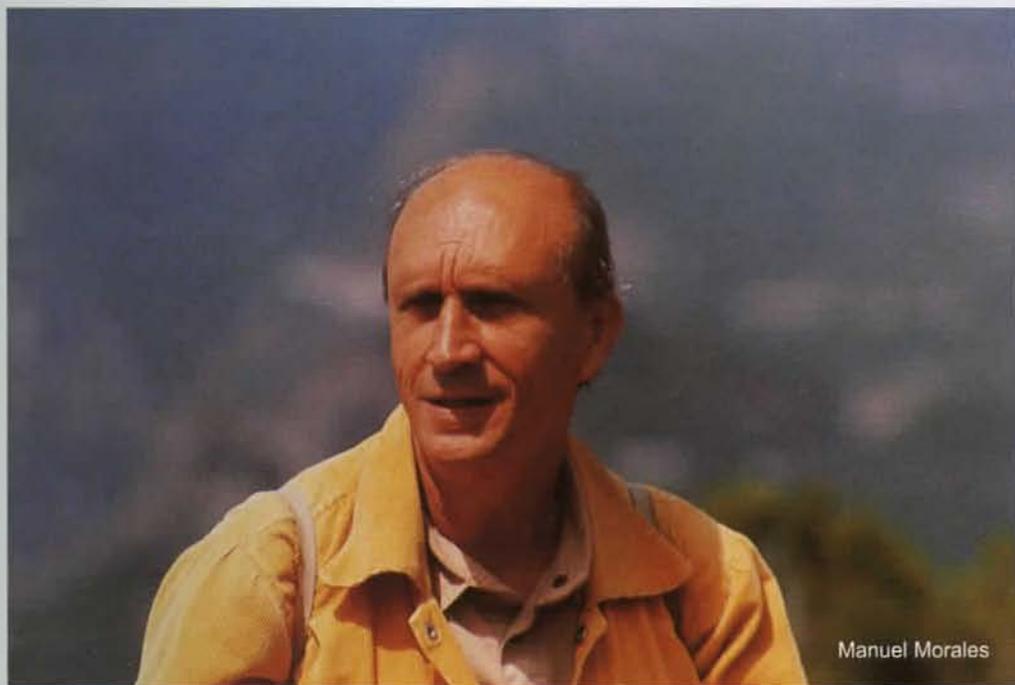
se nos va a morir! Nunca se acostumbró a los viajes, incluso entre las islas que hacíamos algunos fines de semana se ponía malo tres días antes pensando que se iba a meter en un barco. Navegando desde Guinea hacia Tenerife, el capitán le llamó y le dijo: bueno, se vence su contrato, dígame donde quiere desembarcar, puede elegir puerto. ¡Déjeme en Tenerife!, fue su respuesta. Entonces vino aquí, a casa de esa chica que ya era su novia. Esa familia estaba relacionada con los Fernández del Castillo y le ayudaron a establecerse, total que le metieron de guardia municipal. Las anécdotas de guardia municipal no te las voy a contar porque se citan familias conocidas de Santa Cruz, algunas tristes y otras muy graciosas.

**A**llá por el año 1940 se creó Sanidad Municipal y necesitaban un escribiente, como él llevaba las labores administrativas de la guardia municipal y sabía escribir a máquina, lo pasaron a Sanidad. En el año 1942 se produce una epidemia de paludismo que ocasionó la muerte de bastante gente, y lo único que hacían los médicos de sanidad era ir a los barrancos a sanear los charcos para evitar los mosquitos. Pero un día, Fernández va al médico y le dice: nosotros estamos matando mosquitos, pero no todos ellos transmiten el paludismo, hay unos que sí y otros que no, ¿cuál es el que lo trasmite?, y los médicos no supieron contestarle a esa pregunta. Entonces escribió a la Dirección General de Sanidad en Madrid y allí había un señor —un tal Blanco—, que le dijo la forma de hacerlo y le pidió que le mandara muestras de los mosquitos. Entonces Fernández, en formol y en tubitos, mandaba los mosquitos, y un día ese señor le dijo: hombre, cuando usted salga por los barrancos si encuentra algún insecto, ¿porqué no me los manda?; Fernández, picado por la curiosidad de los mosquitos, le dijo: muy bien, yo le mando el bicho, pero usted me devuelve alguno y me dice lo que es. Entonces este hombre, al ver la afición que tenía, aceptó el trato, le mandó libros y así empezó a convertirse en entomólogo.

La labor de Fernández fue muy grande, él subía el barranco del Bufadero a llevar la quinina, que era el único medicamento que había en aquel entonces para combatir el paludismo, donde la familia de los Déniz perdió dos miembros. También murió una chica en Cuevas Blancas, allí al lado de la fuentita que estaba en la carretera, y murió más gente. En el año 1953 se celebró en Roma un congreso mundial contra el paludismo y, de la Dirección General de Sanidad, se recibió un telegrama diciendo que no había nadie con más mérito para representar a España en ese congreso que Fernández. Robayna, el médico de sanidad, llamó a Fernández y le dijo: ¡prepárese, que usted se va a Roma a un congreso! ¿Yo, a Roma?, contestó atribulado Fernández. La única pega que se le ocurrió en ese momento fue su desconocimiento del francés —idioma oficial del congreso—, pero Robayna lo tenía claro y le replicó: arréglese como pueda, usted tiene que ir a Roma. Fernández se vio en la obligación de aprender francés a toda prisa, contrató a Anchoski, ¿tú te acuerdas de Anchoski? Era el embajador ruso que se paseaba vestido estafalario, viejito y siempre con maletín.

*Sí, era aquel señor que cuando se le preguntaba la hora sacaba un despertador enorme del maletín y, muy serio, la daba de manera muy educada para regocijo de la chiquillería.*

Llevaba al ruso a su casa, le daba de merendar y, a cambio, le daba clases de francés. En tres meses aprendió el francés suficiente y fue, finalmente, al congreso de Roma. Fernández, a través de la Dirección General de Sanidad, entró en contacto con especialistas. Cuando ya lo conocí —calculo que sería entre el año 1949 y 1951— ya conocía los coleópteros. Entonces fue cuando empecé a salir de excursión con él. Comprobé que lo que él hacía yo también lo podía hacer, y un día, en una excursión, me dijo: Bueno, tú por qué no te dedicas a un grupo —en esa época yo recolectaba de todo—, porque no puedes abarcarlo todo, al igual que no lo puedo abarcar yo, eso es imposible, si quieres conocer y profundizar coge un grupo,



Manuel Morales

yo te aconsejo los ortópteros, que es una fauna cortita; entonces empecé a estudiarlos y me puse en relación con Chopard, Uvarov y todos los especialistas, y terminé el estudio de los ortópteros en un año o año y medio. Entonces me obligó a escribir un trabajo sobre los ortópteros —todavía conservo el original en mi casa—, y cuando lo terminé, me dijo: ¡bueno, pues este es tu discurso de ingreso en el Instituto de Estudios Canarios! Ya él estaba en el Instituto, me propuso, y yo leí el discurso. Así era Fernández. Ya con él vino el contacto con la ciencia, la adquisición de libros, los intercambios de direcciones de casas especialistas, relaciones con especialistas...entonces empezó esa montaña a crecer, a crecer, a crecer, y cuando terminé con los ortópteros me dediqué a los hemípteros.

Bueno, un día, calculo que sería por el año 1958 ó 1959, estábamos Fernández y yo en Las Mercedes de excursión y, cuando veníamos de la carretera del Pico del inglés a la Cruz del Carmen con nuestras mangas de bus-

car insectos, recuerdo que era una fecha próxima al verano, nos encontramos con don José María Segovia que salía al campo a pasear y al verme estuvimos hablando, hombre ¿y eso qué es? le estuvimos explicando que estudiábamos los insectos e incluso caminamos un trecho juntos, nos despedimos adiós, adiós, y ahí quedó eso, pero ese encuentro casual va a tener su influencia, parece que no, pero a veces las casualidades de la vida tienen posteriores transcendencias.

**C**uando nombraron a don Juan Ravina Méndez Presidente en el Cabildo, yo era la mano derecha del Interventor. Un día me llamó y me dijo: mira, deja todo lo que estás haciendo y sube conmigo a presidencia que ha llamado don Juan Ravina. Yo cogí mis papeles, mi máquina de calcular y le acompañé. Al rato, don Juan Ravina, que entonces no me conocía, se dirigió a mí diciendo: Por cierto Morales, el otro día me encontré con don José María Segovia y me puso la cabeza así, con la política del Cabildo,

¿cuál es la situación del Museo de Ciencias Naturales? —Yo pensé que se había equivocado y le contesté que el Museo de Arqueología estaba funcionando muy bien y con buen rumbo, en estos momentos tenemos que pensar en los gastos de las vitrinas y terminar sus instalaciones. Me corta y me dijo: no, no, yo no digo el Museo de Arqueología, yo digo el Museo de Ciencias Naturales. Ah!, exclamé asombrado ¡el Museo de Ciencias Naturales, pues no sé nada de su situación, ¿y usted Morales? no, el Museo de Ciencias Naturales! Pues no va, contesté, sigue embalado todo lo que se compró al museo de Villa Benítez hace 7, 8 ó 9 años y nada se ha movido desde entonces. Don José María Segovia me dice que ustedes merecen un apoyo, me ha informado de las cosas que hacen, tráiganme un presupuesto y un proyecto para poner en marcha el Museo de Ciencias Naturales, me quedé tan impresionado que sólo acerté a decir: bueno, don Juan, muy bien.

Cuando salimos del despacho, no habíamos hecho más que cerrar la puerta, el interventor se vuelve para mí y me dice: de lo que te ha dicho el Presidente sobre el Museo de Ciencias Naturales, de eso no haces nada. Molesto, le respondí: oiga, perdone, el Presidente me ha encargado una cosa y yo la hago, hago el presupuesto, hago el programa y se lo presento y punto, porque yo no puedo desobedecer una cosa que me ha dicho el Presidente. Bueno, a partir de ahí su oposición me ocasionó disgustos tremendos, pero de esto no quiero contar detalles. Presenté el presupuesto para poner en marcha el museo y fue aprobado por el Cabildo Ese día salí del Cabildo y me fui directamente a casa de Fernández, y le dije: Mira Fernández, ha pasado esto, el Presidente apoya al Museo de Ciencias, creo que los que pueden empezar a trabajar en este museo son Rafa y tú. Su contestación fue rápida: vamos a casa de Rafa. Fuimos a su casa de La Victoria, él estaba sentado en su sofá, cierra los ojos y veo su actitud escéptica mientras le explicábamos la situación, porque Rafa era un negativo total.

**E**n la primera oportunidad que tuve de hablar con don Juan Ravina le dije: Mire, Fernández y Rafa Arozarena son las personas adecuadas para el proyecto. Teníamos los nombres pero no la sede, aproveché la ocasión y le pedí una estancia donde empezar en el Cabildo pero en esta ocasión me respondió que no, aquí no hay ni un metro cuadrado. Días después, bajando por la Avda. Bélgica encontré la solución: la recién desalojada granja agrícola situada en el actual parque de La Granja. Yo sabía que estaba cerrada y que la había comprado el ayuntamiento, entonces miré para el edificio y pensé que era el lugar ideal ¡Eureka!, me fui a hablar con don Juan Ravina. Esta vez fui solo, no estaba el interventor, y le comuniqué que había encontrado un sitio adecuado en la abandonada granja agrícola pero que dependía del ayuntamiento poder convertir estas instalaciones en museo. En esa época era Alcalde de Santa Cruz don Joaquín Amigó, funcionario del Cabildo de la sección de vías y obras y, delante de mí, don Juan Ravina levanta el teléfono y le dice a la central: póngame con don Joaquín Amigó en el Ayuntamiento y le oigo como le dice al Alcalde: Oye, Joaquín, mira, sabes que queremos poner en marcha el Museo de Ciencias Naturales, así que, provisionalmente, hasta que el Cabildo estudie donde será la sede definitiva, se nos ha ocurrido que tienes unos locales vacíos en la granja agrícola que podrían aprovecharse con este fin, Morales va a ir a hablar contigo para concretar los detalles. Les pedí a Rafa y a Fernández que me acompañaran a hablar con don Joaquín Amigó, que nos dio todas las facilidades. Llamó al encargado, fuimos a la antigua granja, vimos los locales, y nos preguntamos: ¿qué falta? Era evidente, faltaba el mobiliario.

Un poco antes había sido el Congreso de la O.A.C.I., ¿sabes lo que fue la O.A.C.I.? un congreso de la organización de aviación civil que hubo aquí y el Cabildo había encargado

unas mesas, "tropecientas" mesas, que estaban amontonadas y tiradas en un salón del Cabildo. Le dije a Don Juan, necesitamos unas mesas y abajo están las del congreso. Llamó al conserje y le dijo dele todo lo que necesite Morales. Nos llevamos de allí, calculo que fueron diez o doce mesas, no me acuerdo; la habitación que nos dieron estaba sin puerta, encargamos unas puertas a un carpintero que las montó y entonces hablé con Vías y Obras para que nos prestara el camión y los empleados del Cabildo para transportar el mobiliario y el material embalado; sacamos todas las cajas de cartón del Cabildo y las llevamos a la Avda. de Bélgica. Compramos unas estanterías metálicas y allí se empezaron a colocar los minerales y a sacarse todo lo que llevaba, calculo que hacía por lo menos diez años que nadie abría esas cajas.

**E**mpezaron a aparecer maravillas, pero nos encontramos que la biblioteca había sido asaltada, de todos los libros de la relación no quedaban ni siete; yo sabía donde había alguno, por ejemplo varios tomos de la Historia Natural de Sabino Berthelot, los tenía Diego Cuscoy, bueno, a través de los años se hizo una gestión con Diego Cuscoy y devolvió los libros; no todos, algunos se quedaron en el Museo de Arqueología. Así empezó el Museo de Ciencias Naturales de Tenerife. Un día llegó un señor, no digo su nombre, alto funcionario del Cabildo, me llamó y me dijo: Oye, Morales, en ese museo se necesita un director, una persona titulada, entonces dije: bueno, mire, creo que podemos hablar con Carmelo Cabrera, no sé si conociste a Carmelo Cabrera...

*Sí, era, de mi pueblo, gomero de Vallehermoso.*

Entonces, esta persona me dice: creo que si propusieran a Telesforo Bravo sería mejor, él también era muy amigo mío y no tenía ningún inconveniente. Se lo dije a Fernández y una tarde fuimos al Puerto de la

Cruz a hablar con Telesforo y aceptó ser el Director del nuevo Museo. Telesforo tenía poco tiempo para dedicarse al museo, francamente hay que decir que nos dejó plena libertad, le llamábamos para hacer gestiones, venía y las hacía. En esos años tuve muchos disgustos cada vez que me ocupaba del Museo, cada vez que pedía permiso para resolver algo del Museo, tenía problemas en mi trabajo del Cabildo, hasta el extremo de que un día me llamaron unos señores y me ofrecieron trabajar en su empresa; yo hablaba francés, y ya estaba en esas conversaciones, con una oferta muy buena, mejor sueldo que en el Cabildo y horario de tarde. Justo en esos días, con motivo de un asunto del Museo, tuve un encontronazo con el interventor muy fuerte, me fui a hablar con los belgas y acepté sus condiciones. Al día siguiente fui al Cabildo, pedí excedencia, el interventor se quedó de piedra y entonces le dije: mire, como por ser el administrador del Museo me han venido todos estos disgustos, prefiero marcharme. Yo estaba de administrador, llevando todas las cuestiones administrativas y de gestión en el Museo, sacando dinero por aquí y dando la cara, y me quedaba, desgraciadamente, poco tiempo para trabajar con mis "bichitos". Fernández siempre decía: yo sólo entiendo de bichos, he venido aquí a cosas de entomología, no sé nada de administración, así que el trabajo menos grato, pero más necesario, corría de mi cuenta. Así fueron los primeros años del Museo, después llegó la etapa del traslado al viejo Hospital de Dolores y la reforma del edificio, que lo va a dotar de unas instalaciones como nunca nos atrevimos a soñar en aquellos años.

La conversación da para mucho más, pero estas palabras son suficientes para darnos cuenta de todo lo que le debe la sociedad canaria, la ciencia, a personas como D. Manuel Morales. Gracias a él podemos presumir de museo y sus trabajos nos han permitido conocer mejor nuestra singular naturaleza. ●